

Azuero Quijano, Alejandra. 2023. *El paro como teoría. Historia del presente y estallido en Colombia*. Barcelona: Herder, 162 pp.

Ana María Granados Romero

Una serie de protestas multitudinarias tuvo lugar en Colombia a partir del 28 de abril de 2021. Estas respondían a una convocatoria colectiva de paro nacional; sin embargo, como Alejandra Azuero Quijano lo señala en la primera frase de su libro, “el paro nacional de 2021 tiene más de un comienzo” (11). Pensar el paro como teoría implica, de acuerdo con la autora, explorar las relaciones epistémicas, estéticas y políticas que este evento ha visibilizado y puesto en movimiento. Estas relaciones revelan que el paro no es un acontecimiento anclado a una sola coordenada espacial y temporal, sino que tiene orígenes y potencias que lo conectan con el pasado y el futuro, con los centros y las periferias, con Latinoamérica y el Caribe.

“El libro está, si se quiere, desconyuntado” (25), anticipa Azuero en la introducción, porque no sigue el orden cronológico de los hechos del estallido social en Colombia y, además, porque se aproxima a los sucesos como parte de una contemporaneidad paradójica que desborda el orden lineal y unidireccional de la historia, y que quiebra las categorías y horizontes de sentido disponibles para interpretarlos. El proyecto en el que se embarca la autora es, entonces, el de encontrar otras formas de observar, escuchar, narrar y teorizar el paro, capaces de dar cuenta de su fuerza (des)orientadora. Lejos de resolver los ruidos y tensiones que el paro como estallido posibilita, el libro de Azuero emerge como un mapa de aquellos ecos y relaciones que lo sostienen en el tiempo mientras manifiestan su urgencia.

Para navegar las temporalidades descoyuntadas en medio de la desorientación que produce el estallido epistémico que quiebra conceptos, saberes y gramáticas, Azuero trae las voces de María del Rosario Acosta, Michel-Rolph Trouillo, Paul B. Preciado, José Esteban Muñoz, Rocío Zambrana, Laura Quintana y Yuderlys Espinosa. Con ellos y acompañados por las ilustraciones de José Ruíz Díaz, los cinco capítulos y la “Interrupción” abordan dimensiones del paro que exhiben su carácter transtemporal y transterritorial, al tiempo que despliegan los puertos de encuentro de la resistencia popular colombiana con otras de la región. El mapeo reproduce la singularidad del estallido social en Colombia, sin hacerlo un caso excepcional y aislado. En cambio, la autora insiste en que, para entenderlo, es preciso reconocer y dialogar con la “condición epistémica e histórica compartida” latinoamericana (29). Coherente con su título, el libro no consiste en un estudio de caso ni en una teoría sobre la excepcionalidad de las protestas del 2019 o del 2021, sino que aparece como una genealogía del paro que busca hacer posible la aprehensión de este presente y la imaginación de otros futuros desde y para Latinoamérica.

¿Cómo se representa y narra la violencia? En el primer capítulo, Azuero usa esta pregunta para entender de qué forma el paro desafió el monopolio del Estado sobre la producción de imágenes y relatos de la guerra, la criminalidad y la protesta. La autora se aproxima a la serie de ilustraciones *La historia se escribe en futura*, de José Ruíz Díaz, como un archivo de los levantamientos que ocurrieron en el paro y que articulan una idea de justicia que destituye

la lógica punitiva y de rendición de cuentas. Este archivo, sostiene la autora, hace parte de un saber contraforense que “usa las técnicas comúnmente asociadas al esclarecimiento de delitos” para “producir verdades que interrumpen las narrativas de criminalización de la política” (40). Al trabajo de Ruíz se suman las reconstrucciones periodísticas y populares del asesinato de Dilan Cruz como un paradigma del uso de la evidencia para oponerse a la violencia de Estado y controvertir la sedimentada equivalencia entre protesta y criminalidad. El capítulo termina con un análisis del documental *Pirotecnia* de Federico Atehortúa, con el que Azuero vincula la movilización de imágenes del crimen y la violencia con la historia de la nación y la identidad nacional.

El segundo y tercer capítulo del libro se enfocan en la dimensión *cuir* del paro, explorando tanto sus posibilidades como sus paradojas. Por un lado, en “El paro como cruce”, Azuero explora el *voguing* como una práctica estética y política que interrumpe las formas de la heteronorma, mientras hace visible las asimetrías de la protesta y la precariedad de las vidas trans. Así, entiende lo *cuir* como un modo de desear orientado hacia el futuro y sostiene que el *voguing* es esencial al paro, en tanto expone el rol de las estructuras del deseo en la rearticulación del campo político allende el modelo de la transición liberal. El *voguing* es un cruce, según Azuero, porque encarna la posibilidad de un tránsito, en clave de futuridad y utopía, en el que, a través del *performance*, relaciones sociales que en el presente no existen aparecen como posibilidad en el horizonte político nacional.

Por otro lado, “Las dos alcaldesas” es un capítulo dedicado a entender y explicar la sorpresa producida por la dualidad de Claudia López, la primera alcaldesa lesbiana de Bogotá, en su posición y reacción frente a la protesta. Azuero revisa la tensión entre la figura de la alcaldesa que criminaliza a los manifestantes y la de la investigadora que denunció la parapoltica en Colombia, mientras evidencia las convergencias históricas del progresismo, el sentimentalismo y el autoritarismo. Descartando las reducciones de la alcaldesa a una de las dos figuras, la autora sugiere que López representa “el punto ciego de su propia teoría sobre el paramilitarismo” (89), al participar en un giro en el que los proyectos reaccionarios se articulan con el centro político.

En el cuarto capítulo, Haití aparece como una de las coordenadas del paro nacional que hace manifiesta la relación epistémica e histórica entre Latinoamérica y el Caribe. La autora usa a Colombia y Haití para referirse a lugares conceptuales que han sido distanciados y diferenciados por medio de discursos que tratan de definir a Colombia en oposición al “nicho salvaje del hemisferio” (101), al tratar de alinearla “con un continente para el que el que el Caribe es su inverso” (102). Esta distancia, de acuerdo con Azuero, surge de una matriz racista-etnicista que el paro, desde sus manifestaciones en la región del Pacífico, confronta, cuestiona y rechaza. De ahí, entonces, que la autora sugiera que Puerto Resistencia y Puerto Príncipe coexisten en una temporalidad de resistencia poscolonial y habitan un mismo archipiélago de luchas políticas en el que la insularidad revela su naturaleza relacional.

“La presidenta negra” enfoca tres escenarios en los que Francia Márquez se consolida como “una figura política y epistémica por fuera del sentido común de las Américas” (123). El primero es el del discurso sobre lo inocultable con el que Márquez denuncia el silenciamiento y la normalización de la violencia por parte del Estado. Este acto de desocultamiento, señala Azuero, hace manifiesta la disputa por el sentido común que el paro posibilita al plantear la necesidad de la redistribución de ideas y sensibilidades que el proyecto político del liberalismo mantiene congeladas. El segundo escenario es el de Márquez como encarnación de un proyecto feminista que, a su vez, reconoce y abandera las luchas anti-racistas y antisistema. La autora interpreta el feminismo negro como una práctica de resistencias epistémicas que reelaboran “el sentido de la nación a través de un ejercicio de historicidad antinormativa y un método para imaginar la nación más allá de la exclusión racial y ciudadana” (134). El último escenario consiste en el inédito y potente llamado a “vivir sabroso” de la actual vicepresidenta. Azuero sostiene que esta consigna esboza una

teoría encarnada y una epistemología del sabor que quiebra tanto la política de la muerte como el sentido común impuesto por el liberalismo.

En “Interrupción”, la autora finaliza reiterando las limitaciones del paro como teoría, en tanto libro y método. Al hacerlo, reconoce las posibilidades de la teoría en su relación con la vida social, al mismo tiempo que admite que las respuestas que esta provee no atienden al llamado radical del paro. “Por ello, el libro existe en los márgenes del estallido” (24), nota Azuero sugiriendo que no solo el libro y la teoría, sino también los académicos, permanecemos confinados en la periferia de un estallido que también ha trastocado las infraestructuras, jerarquías y lógicas de la academia. Aunque las fronteras de la teoría son inocultables, el libro de Azuero puede leerse en sí mismo como una práctica de cruce que apunta hacia academias y teorías que, en el presente, solo existen en potencia. Al preguntarse para qué sirve la teoría en el último párrafo del libro, pone en cuestión las páginas que lo antecedieron y, en medio de esta desorientación final, interpela e interrumpe a sus lectores al concluir que el paro como teoría no puede llevar a cabo “lo que está llamado a hacer” (150). Creo, sin embargo, que esta no debe ser leída como una conclusión pesimista, sino como un gesto final que desafía al presente e invita a sus lectores a imaginar otros futuros en los que la teoría pueda atender su llamado.

Ana María Granados Romero

Estudiante de doctorado en estudios latinoamericanos en el Graduate Center, The City University of New York, Estados Unidos. Filósofa de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en Antropología de la Universidad de los Andes, Colombia. agranadosromero@gradcenter.cuny.edu

